

Semana

05

Viernes

Reyes 11, 29 32; 12, 19

Un día, salió Jeroboán de Jerusalén, y el profeta Ajías, de Siló, envuelto en un manto nuevo, se lo encontró en el camino; estaban los dos solos, en descampado.

Ajías agarró su manto nuevo, lo rasgó en doce trozos y dijo a Jeroboán: «Cógete diez trozos, porque así dice el Señor, Dios de Israel: "Voy a arrancarle el reino a Salomón y voy a darte a ti diez tribus; lo restante será para él, en consideración a mi siervo David y a Jerusalén, la ciudad que elegí entre todas las tribus de Israel."»

Así fue como se independizó Israel de la casa de David hasta hoy.

Salmo 80, 10 11 ab. 12-13. 14-15

R. Yo soy el Señor, Dios tuyo: escucha mi voz.

No tendrás un dios extraño,
no adorarás un dios extranjero;
yo soy el Señor, Dios tuyo,
que te saqué del país de Egipto. R.

Pero mi pueblo no escuchó mi voz,
Israel no quiso obedecer:
los entregué a su corazón obstinado,
para que anduviesen según sus antojos. R.

¡Ojalá me escuchase mi pueblo
y caminase Israel por mi camino!
en un momento humillaría a sus enemigos
y volvería mi mano contra sus adversarios. R.

Lectura del Evangelio según san Marcos 7, 31 37

En aquel tiempo, dejó Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del lago de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos.

El, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y, mirando al cielo, suspiró y le dijo: «Effetá», esto es: «Ábrete.» Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad.

Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían: «Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos.»

Semana

05

Viernes

Comentario

Nos cuenta la primera lectura, el cisma o la separación que se opera entre las tribus de Israel. El gesto del profeta Aías de Siló, que corta su manto para entregar diez partes a Jeroboam es el anuncio del cisma de las diez tribus del norte en castigo a las infidelidades religiosas de Salomón.

Judá aceptó sin dificultad al hijo de Salomón, Roboam, pero no lo hicieron así las tribus del norte, quienes escogieron a Jeroboam como rey. Este llegó a introducir prácticas paganas en el culto; al constituir santuarios rivales del santuario del Arca en Jerusalén, rompió el vínculo religioso que desde el pacto de Josué en Siquem engendraba cierta conciencia nacional, común a todas las tribus. Únicamente la tribu de Benjamín sigue siendo fiel a la de Judá, como para impedir que esta última se repliegue sobre sí misma, recordándole la experiencia y la necesidad de la reunificación y del diálogo con el otro. Esta reunificación será operada finalmente por el descendiente de Judá y de David, por Jesucristo. Por la coexistencia de Benjamín y Judá se pueden abrigar las mejores esperanzas de que un día ese descendiente de Judá y de David emprenderá con éxito la unificación del pueblo y de todas las naciones.

En el evangelio de Marcos aparece como una constante la victoria de Jesús sobre los "espíritus impuros". Nos es difícil a nosotros conectar con la mentalidad de aquella época, según la cual la mayor parte de las enfermedades eran interpretadas como fruto de un influjo diabólico, a veces verdadera posesión.

El relato de esta curación resulta enteramente singular. Por la cantidad de detalles y ponderaciones que se hacen en torno al episodio: la petición de que le imponga las manos al sordomudo; el hecho de meterle el dedo y untarle con la saliva; la mirada al cielo; el suspiro; la palabra "éffetá", en su lengua original, con su correspondiente traducción; la reacción del "colmo del asombro"; y sobre todo, el comentario final: "Todo lo ha hecho bien", referido precisamente a hacer oír a los sordos y hablar a los mudos. Además, de nuevo en este caso, la prohibición de contar lo que había hecho.

Al curar a un sordo que además apenas podía hablar, lo que en realidad se nos sugiere es que Jesús remedia el espantoso problema de la incomunicación humana. Un sordo, que no habla, es un ser que no se comunica, la dificultad para hablar y para oír es la expresión más clara de la incomunicación.

Jesús remedia el espantoso problema de la incomunicación humana. Un sordo, que no habla, es un ser que no se comunica. Es verdad que, seguramente desde que existe el problema de la sordomudez entre seres humanos, han existido sistemas de comunicación mediante signos visuales, ya que los signos fonéticos no son los únicos mediante los que los humanos nos comunicamos. Pero, siendo eso muy verdadero, no es menos cierto que la dificultad para hablar y para oír es la expresión más clara de la incomunicación.

Esta lectura de hoy nos invita a pensar que cuantos más medios de comunicación tenemos, menos nos comunicamos y más aislados vivimos. Tenemos cada día más "técnicas" para comunicarnos. Pero no caemos en la cuenta de que eso precisamente es lo que más nos complica la comunicación. Porque comunicación no es lo mismo que información. Nos han abrumado con tanta información y tantas veces manipulada. La comunicación comercial es un negocio tan fabuloso, que ha lo ha invadido todo, lo ha llenado todo. Y ya no tenemos tiempo para estar con los demás, para compartir lo que somos, para disfrutar la indecible felicidad del "estar con". Por no hablar de la espantosa soledad en que viven tantas personas. Jesús nos sitúa a unos junto a otros, a los unos con los otros, a cada cual pendiente de los demás. Así rompe nuestra sordera y desata nuestra lengua.